

LP 12/1958

por Sebastián Salazar Bondy

En la algarabía de esta mañana, en que los niños sobre cuyo lecho sombreó anoche el amparo maternal, su intensa y delicada presencia, despiertan en el milagro del aguinaldo prodigioso que el mensajero del cielo trajo a sus zapatos, juntamente con el entretenimiento puro, simple, alegre, lúdico en el sentido más pristino del vocablo, resuenan ciertos juguetes cuya sola presencia mueve a terror. No hay exageración en lo que se dice aquí, pues, ¿que otro sentimiento que el del terror puede despertar la visión de un niño esgrimido la imitación, frecuentemente perfecta, del arma bélica, del instrumento mortífero, de la máquina cuyo modelo está destinado a segar la vida ajena? Una visita a las jugueterías es un buen testimonio de que todas las declaraciones humanas de paz y solidaridad serán vanas si a los niños los seguimos ejercitando en el hábito de la guerra, dando salida así a sus prima-

rios instintos de agresión. En la noche en que, expresa o tácitamente, repetimos la inmortal sentencia que glorifica a Dios



en las alturas y en la tierra funda la paz para los hombres de buena voluntad, ponemos como don, que aparece como divino, un objeto cuyo uso sólo se

justifica en el conflicto violento y bajo el imperio del odio.

Miremos ahora a nuestro alrededor y verifiquemos hasta que punto estamos preparando a los ciudadanos del porvenir a hacer daño a sus semejantes. Sabemos que el niño posee como una espléndida fuerza vital su espíritu de agresividad, una energía que lo mueve a investigar a su alrededor, a aventurarse en la travesura, a descubrir por su propia cuenta aquello de que, con sus propios medios, es capaz de hacer y crear. Motor de la existencia, y del aprendizaje que en la infancia todo ser realiza de por sí, aunque no posea educadores, esa inclinación lo lleva a fracturar el misterio de su persona y del mundo que lo rodea. El juego debe hacer el gasto de ese dinamismo, o debe encauzarlo convenientemente. En la buena orientación, la agresividad infantil puede dar con la vocación, latente en cada personalidad desde los años iniciales. De ahí que un entretenimiento termine por ser el incentivo del conocimiento científico, de la inspiración artística, de la habilidad financiera, de la facilidad técnica. En cambio, si el juego se convierte en una suerte de entrenamiento, aunque sea imitado y, por ende, en principio inocuo, del mal, la mella que se haga al alma auroral del pequeño corre el peligro de ser decisiva. Ni siquiera la vocación militar se manifiesta a través de las armas: su presencia se expresa por el temprano apego al orden, a la disciplina, a la austeridad y a la defensa heroica de la comunidad familiar o amical. ¿Qué objetivo, pues, entrañan esos juguetes que copian, con realismo brutal, las ametralladoras o los cañones, los revólveres y las bombas?

El juego de la guerra se ha perfeccionado técnicamente tanto como la guerra misma, y ya no es la ficción de una controversia entre espadachines sacados de la novela o la película de aventuras más o menos románticas, que a fin de cuentas postulaba una cierta nobleza, sino la preparación para la gran conflagración que no deja de amenazar a la humanidad y cuyo personaje central es el espectro de la muerte. ¡Y eso en una fiesta que llamamos, tan justificadamente, de amor, puesto que celebra el advenimiento de quien traía a los hombres una fe de fraternidad y paz! La industria tendrá sus razones para esta superproducción de juguetes que proponen entre los inocentes el hecho más cruento e indeseable de cuantos el hombre protagoniza en su locura terrena, mas es posible y lícito oponer otras razones que impidan que tan precozmente se acostumbre a la infancia al triste destino de destruir a los demás, que la fe enseña hermanos.

Jugar es un arte, el primer arte del hombre, el arte más puro y gratuito de todos. Está bien que, por virtud del eterno milagro de la Nochebuena, esta mañana los niños colmen los hogares de felicidad con la plenitud de su capacidad imaginativa, ya que no existe tributo mejor al Dios recién venido. Pero cuidemos que sean los sentimientos afectivos los que prevalezcan en la algarabía infantil, los que campeen en la efemérides del nacimiento cristiano, y no los que por su horror recuerdan más bien el tributo brutal que reclamaban los dioses sanguinarios que precisamente la palabra de Jesús destró.